

enseñándote que este pan se ha de comer con grandes afectos de agradecimiento antes y después de comerle, por lo cual se llama Eucaristía, que quiere decir *acción de gracias*. ¡Oh cuán fervorosas las daría Cristo en aquella hora! Porque si dió gracias por el pan de cebada que dió en el desierto, ¿cuánto mayores y más fevorosas las daría por este pan del cielo que da á los hombres en el desierto de este mundo? ¡Oh Redentor dulcísimo! ¡Cuán bien cumplís las promesas que nos hicisteis de darnos pan del cielo! Allá alzáis vuestros ojos, provocándonos á que levantemos á vuestro Padre nuestros corazones con encendidos afectos. Daisle tiernas acciones de gracia, para enseñarnos á agradecer un beneficio tan singular como el que nos concedéis. Obrad, Señor, en mí lo que pretendéis, para que este pan divino llene mi alma de vuestra gracia, y me encienda en deseos celestiales.

Punto 3.º *Jesús bendijo y partió el pan, y lo dió á sus discípulos.*—Considera cómo Jesucristo, después de dar gracias á su Padre, bendijo el pan con bendición de oración obradora de lo que bendecía. Nosotros bendecimos una cosa con el deseo y la oración, deseando algún bien, y pidiendo á Dios que nos le dé; pero el Señor bendijo el pan, no sólo pidiendo al Padre la conversión y transmutación que de él pensaba hacer, sino comunicándole virtud divina, é imprimiéndole un bien tan grande, como era mudarle en su propio cuerpo, y hacerle principio y causa de las bendiciones espirituales, que por su medio vienen del cielo para nuestra salud. ¡Tan eficaz es la bendición de Cristo! Luego lo partió, para significar que todos comen de un mismo pan y beben de un mismo cáliz, y así han de tener un mismo amor; pero que lo han de comer, no entero y á bulto, sino partido y desmenuzado con la meditación, considerando todo lo que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su ánima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos; y ponderar cada cosa por sí es como partir espiritualmente el pan, para comerle. Últimamente, partido el pan, diólo Jesús á sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed, porque este es mi cuerpo». ¡Oh, qué dádiva tan preciosa, en la cual les dió todo lo que era, y lo que tenía, de pura gracia, sólo por ser amigo de dar! ¡Con qué reverencia y estima tomarían los Apóstoles aquel divino pan, ilustrados sus entendimientos con la luz interior de viva fe que al mismo tiempo el Señor les comunicaría! Sin duda no se hubieran atrevido á comerle, si el mismo Señor no se lo hubiese mandado, diciéndoles: «Tomad y comed», que fué como decirles: Tomad este pan, y mirad que no os le doy sólo para que lo beséis, adoréis y pongáis sobre vuestras cabezas, sino para que lo comáis, sin que nadie se excuse con título de humildad. ¡Oh Amado mío! ¡Quién fuera como vuestros sagrados Apóstoles, que os contemplaron bendiciendo y partiendo el pan, y lo recibieron de vuestras manos para comerle! ¡Quién

sintiera los afectos santos que embargaban sus espíritus al contemplarlos en tan misteriosas acciones! Pues que también á mí me mandáis que os coma, yo os tomaré, adoraré, y por obedeceros, os comeré, para gozar de vuestra dulce presencia. ¿Deseamos nosotros recibir á Jesús? ¿Cómo nos preparamos para tal acto?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán significativas son las acciones de Jesús en el acto de la consagración! Todas ellas son poderosas para despertar en el ánimo del que las medita fervientes afectos, y para moverle á fervorosos coloquios con el Señor. Lo primero, toma un pan en sus santas y venerables manos; ellas representan su omnipotencia, generosidad y obras meritorias; pues que á tales atributos se debe el beneficio inmenso que se ha dignado concedernos en el divino Sacramento. Levanta los ojos al cielo, de donde nos viene toda dádiva excelente y don perfecto, para provocarnos á que también alcemos la vista á aquel monte santo, del cual nos viene todo auxilio y todo bien. Da gracias á su Eterno Padre por el beneficio que pensaba hacernos, deseando suplir con quella acción de gracias la falta de agradecimiento que deplora en los hombres, y que también nosotros le acompañemos en las alabanzas que tributa á su amoroso Padre. Bendice el pan con bendición eficaz obradora de lo que significa; lo parte en pedazos para mostrar á sus discípulos que se podía partir aquel pan sin que se partiese lo que en él se contenía, y diciéndoles tácitamente que ellos también lo partiesen y desmenuzasen por medio de la meditación detenida de todas las grandezas que en él se encierran. Luego se lo entrega, mandándoles que lo coman. ¡Oh amor infinito de Jesús! ¿Quién podrá comprender tu ardor? Figúrate, ¡oh alma!, que Jesús se dirige á ti, diciéndote las palabras que á los Apóstoles. ¿Te atreverás á comer este pan? ¿Cómo está tu corazón? ¿Está dispuesto para hospedar á este soberano Rey de cielos y tierra? ¡Tan feo, sucio, pobre y enfermo como está! Di á Jesús y á la Virgen que lo preparen, y, por tu parte, resuélvete á hacer de tu parte cuanto puedas para este intento, suplicando al Señor que supla lo que te falte y remedie las demás cosas necesarias.

26.—LOS APÓSTOLES RECIBEN LA POTESTAD DE CONSAGRAR.

PRELUDIO 1.º Jesucristo dió la potestad de consagrar su cuerpo y sangre á los Apóstoles y á sus sucesores en el sacerdocio, sin ninguna limitación.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciendo á los Apóstoles, y á ti entre ellos: «Haced esto en mi memoria».

PRELUDIO 3.º Pide agradecimiento al Señor por tan señalada gracia.

Punto 1.º *Jesús dió potestad de consagrar su cuerpo á los hombres, no á los ángeles.*—Considera cómo Jesús, des-

pués de haber instituido el Santísimo Sacramento, dijo á sus Apóstoles: «Haced esto en mi memoria». Por cuyas palabras consta que les dió potestad de hacer lo mismo que Él había hecho, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su preciosa sangre, mandándoles, así á ellos como á los sacerdotes que les sucedieran en la dignidad sacerdotal, que hiciesen esto mismo en la forma que Él lo había hecho. En lo cual debes ponderar primeramente las personas á quienes se concede esta tan admirable y sorprendente potestad; porque la infinita caridad de Cristo, que no quiso dar poder sobre su verdadero cuerpo y sangre á los ángeles del cielo, la concedió generosamente á los hombres que viven en la tierra, para que ellos, en su nombre y representando su misma persona, pudiesen decir con verdad sobre el pan: Esto es mi cuerpo, convirtiéndolo inmediatamente, en virtud de estas palabras, en el cuerpo de Cristo, como el mismo Señor lo convirtió, y con tanta muchedumbre de milagros, que excede á los milagros de dar vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos. Pondera aquí cuán soberana es esta potestad, que excede á la de los espíritus angélicos; antes había hecho al hombre poco menor que á ellos, como dice el profeta David; pero ahora le engrandece más que á los ángeles, dándole facultad y poder sobre su propio cuerpo y sangre, lo cual no tienen éstos. Crece de punto esta dignación y caridad del Señor, si se considera cuán indignos eran los hombres de tal potestad. Ellos eran los que, al entrar en el mundo, no le conocieron y le obligaron á que naciese en un miserable portal, los que en su niñez le habían perseguido, los que se habían mofado de sus doctrinas y los que le habían cubierto de oprobios, y á la sazón estaban maquinando contra su vida. ¡Oh amantísimo Jesús! ¿Cómo no os causan horror los hombres, de quienes no recibís más que desprecios é injurias? ¿Cómo les levantáis á tanta dignidad, dándoles una potestad que excede inmensamente á la de los ángeles? Bendigan vuestra bondad todas las criaturas, y mi ánima con sus potencias se deshaga en vuestras perpetuas alabanzas. ¡Oh alma mía! ¿Cómo no agradeces al Señor tal misericordia? ¿Cómo no correspondes á tal amor?

Punto 2.º *Jesús dió la potestad de consagrar, sin límite de lugar ni tiempo.*—Considera cómo sube de punto la generosidad de Jesús en dar la potestad de consagrar su cuerpo y sangre, si se mira que no puso ningún límite á ella, ni en cuanto á las personas que la podrían tener, ni respecto de los lugares en que la podrían ejercer, ni de los tiempos en que podrían usarla. Porque bien pudiera ordenar que no hubiera más de un sacerdote en el mundo, ó uno en cada provincia ó ciudad; ó que los sacerdotes no pudiesen consagrar sino es siendo muy santos; ó que este Sacramento, como el cordero pascual, no se celebrara sino en un lugar señalado y una vez al año; pero su generosidad

no quiso poner estas tasas. Antes bien, para que todos pudiesen gozar del fruto de su Sacramento con abundancia, quiso dar plena facultad de que hubiese muchos sacerdotes, consintiendo que todos, aunque fuesen malos, pudiesen consagrar en todo tiempo y lugar, cada día y en cada iglesia y oratorio de cualquier aldea. Por donde se ve la largueza sin medida de la caridad de Jesucristo, y cuán justo es que tú también le ames sin medida, procurando que no haya lugar, tiempo ni ocasión en que escasees tus alabanzas al Señor que tales demostraciones y pruebas de amor te ha dado. Saca también de esto la obligación en que estás de dar las ordinarias muestras de amor á todos tus prójimos, aunque sean enemigos y te estén causando muchos daños, puesto que Jesucristo no quita á los sacerdotes, aunque sean malos y traten de injuriarle, la potestad ordinaria que una vez les confirió de consagrar su cuerpo y sangre adorables. ¡Oh Salvador amabilísimo! ¿No sabéis la condición de los hombres que, si lo precioso no es raro, luego lo tienen en poco? Pues, ¿por qué queréis que haya tantos sacerdotes con plena potestad de celebrar tan á menudo este venerable Sacramento? ¡Ah! Vuestro amor sin tasa no os consiente poner tasa á vuestros beneficios. ¡Oh, si fuésemos tan largos y generosos en servirlos como Vos lo sois en regalarnos! ¿No amaremos y serviremos en todo lugar y tiempo á Jesús? ¿Qué exige de nosotros al presente su amor?

Punto 3.º *Jesús se comprometió á obedecer perpetuamente.*—En este punto has de considerar la infinita humildad y obediencia que Jesucristo nuestro Señor muestra á la voz y palabra de los sacerdotes. Porque desde este mismo punto se obligó hasta la fin del mundo á venir á la voz del sacerdote, cuando consagre, guardando la materia y forma que El mismo determinó; y esto sin dilación ni tardanza, en el mismo instante en que profiera sobre el pan y el vino las palabras divinas, con intención de hacer lo que hace la santa Iglesia: además, en cualquier lugar y hora en que lo haga, aunque muchos sacerdotes lo verifiquen á la vez en lugares y puntos muy distantes; sin distinción de ministros, ya sean santos, ya pecadores, ya sabios, ya ignorantes; y aunque lo hagan con fin malvado y criminal, y con la intención de pisarle, echarle en el fuego é injuriarle de otros modos, mientras que guarden lo substancial para el Sacramento; y todo esto sólo para bien de sus escogidos, no porque á Él le hubiese de venir algún bien ó provecho particular. De este extraordinario ejemplo de Jesucristo has de aprender á obedecer á tus preladados en todo lo lícito que te mandaren, aunque ellos sean malos y malintencionados, aunque seas mirado de ellos con odio y se complazcan en humillarte, cumpliendo su mandato con obediencia puntual, pronta y perseverante, sin cansarte de obedecer hasta la muerte, como no se cansa Cristo de cumplir lo que una vez ofreció. ¡Oh piélago inmensísimo de la caridad

de Dios! ¡Qué! ¿Es posible que obedezca Dios á la voz de un hombre, y no de hombre santo como Josué, sino perverso como Judas? ¿Y que se deje tratar de manos tan sangrientas y se sujete á tantas y tales bajezas? ¡Oh Señor! ¡Cuán amigo sois de humildad y obediencia, pues cada día queréis darnos tan ilustre ejemplo de ellas! ¡Oh cristiano! Confúndete al considerar estas virtudes del Salvador, cotejándolas con tu soberbia y rebeldía, y resuélvete á cambiar tus costumbres. ¿Qué propósitos debes hacer para ello?

Epilogo y coloquios. ¡Cuán inmensa es la caridad y generosidad del Salvador! No sólo consagró Él su cuerpo y sangre para darlos á los Apóstoles, sino que les facultó á ellos y á sus sucesores para que hicieran otro tanto hasta el fin de los siglos. Ni á los ángeles ni á su misma Madre santísima concedió esta facultad, y la dió á los Apóstoles y á los sacerdotes que vinieran en pos de ellos. Y para que resaltara más tal bondad, no quiso poner límite alguno en cuanto al ejercicio de ella, ni acerca del número de sacerdotes que podría haber, ni de los lugares en que se podría consagrar, ni de los tiempos en que se debería verificar. Verdaderamente, si por los efectos se conoce la causa, has de deducir que el amor de Jesucristo á los hombres es infinito, cuando tales efectos produce. Contempla á Jesus humillándose hasta el extremo de obedecer siempre y con puntualidad á la voz de una miserable criatura suya, quizá esclava del demonio, y que tal vez le llama para ultrajarle. No se detiene un solo momento; está con los oídos atentos á todas las partes del mundo y al momento que su ministro profiere las palabras que Él mismo le ha puesto en sus labios, se presenta, se pone en sus manos, se deja llevar á cualquier parte, sin que de Él salga una queja, un suspiro ni oponga la menor resistencia. ¡Oh amor inmenso de Jesús! ¡Quién supiera corresponderte! ¿Cómo lo has hecho tú? ¿Qué convendrá que hagas en lo por venir? ¿En qué cosas puedes humillarte para imitar al Salvador? Imposible parece que entre los cristianos haya quien sea soberbio y quien resista á la autoridad, teniendo siempre delante de sus ojos tan extraordinario y perfecto modelo. Cuando menos nosotros reformémonos, haciendo con este fin propósitos, súplicas, ruegos muy confiados, pidiendo por nosotros y por nuestros prójimos.

27.— JESÚS QUIERE QUE SE CELEBRE EL SANTO SACRIFICIO EN SU memoria.

PRELUDIO 1.º Jesús dió á sus Apóstoles y sucesores la potestad de ofrecer el sacrificio de su cuerpo y sangre, encargándoles que lo hiciesen en su memoria.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús confiriendo á los Apóstoles esta potestad.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de celebrar y oír este sacrificio con las disposiciones convenientes.

Punto 1.º Jesús encarga á sus Apóstoles que ofrezcan el santo sacrificio de la Misa.—Considera cómo Jesucristo, en la misma noche de la cena, encargó á los Apóstoles, y en ellos á los sacerdotes que les habían de suceder, que ofreciesen el sacrificio que instituyó bajo los accidentes de pan y vino, en sustitución de los sacrificios de la ley vieja, que en aquella noche cesaban. Pondera cuánta es la superioridad de este santo sacrificio sobre aquellos, porque, si sacrificio es una ofrenda que el hombre hace á Dios de alguna cosa que le agrada para reverenciarle y honrarle en reconocimiento de su infinita excelencia y majestad, ¿qué cosa se puede ofrecer al Padre eterno más preciosa, ni que más le agrade, que su mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, de quien Él dijo: «Este es mi Hijo muy amado en quien me he agradado.» Mira cómo este sacrificio con eminencia es causa de los tres efectos para que se ordenan los sacrificios; es á saber: en satisfacción de nuestros pecados, en acción de gracias por los beneficios recibidos, y para impetrar de Dios los bienes que necesitamos, temporales ó eternos. Para estos fines has de oír ó celebrar la Misa, dilatando cuanto pudieres las velas de tu confianza, pues para todo hay en ella fundamento, confiando que por medio de este sacrificio aplacarás la ira del Padre eterno, y pagarás las deudas de tus pecados y alcanzarás las virtudes y dones que le pidieres, extendiendo con la caridad todo el bien á los prójimos, así vivos como difuntos del purgatorio, pues á todos puede aprovechar, diciéndote á ti mismo, para avivar tu confianza: ¿Qué pecados habrá tan graves cuyo perdón no se alcance con este divino sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo que se ofreció en la cruz? ¿Qué penas no se pagarán con esta ofrenda? ¡Oh Padre eterno! Si tanto os agradó la ofrenda de vuestro siervo Abel, á quien por envidia mató su hermano Caín, mucho más os agradará la ofrenda de vuestro Hijo inocentísimo, á quien por envidia mató su hermano el pueblo hebreo, ofreciendo su vida para remediarnos con su muerte. Aceptad, ¡oh Padre celestial!, este sacrificio, y por él concededme los bienes que me habéis prometido. ¿Cómo ofrecemos nosotros la santa Misa? ¿Cómo nos presentamos á este santo sacrificio y qué fruto sacamos?

Punto 2.º *Jesús mandó que lo ofrecieran en su memoria.*— Considera cómo Jesucristo encargó á sus Apóstoles que hicieran esto, á saber: la ofrenda del sacrificio de la Misa en su memoria, y especialmente en memoria de su Pasión y muerte. Acerca de lo cual debes ponderar cómo el Señor se dignó ofrecer dos sacrificios por tu causa: uno sangriento en la cruz, y otro incruento en la noche de la cena, y éste quiso que fuese en memoria del otro, para que echés de ver lo mucho que desea que tengas memoria de Él y de su Pasión sacratísima, por el bien que de ella te resulta; pues por esta causa instituyó este Sacramento y sacrificio, en que Él mismo se queda entre nosotros para despertar esta memoria y movernos con ella á ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son: reconocer y estimar el beneficio, alabar al bienhechor y hacerle algún servicio. Para lo cual puedes recordar cómo nuestro Señor, siempre que hacía á su pueblo algún beneficio señalado, ordenaba alguna cosa en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa ser agradecidos, para recibir de Él nuevas gracias. Y como este beneficio de la Pasión, con los dones inmensos que de él proceden, no podía ser dignamente agradecido por los hombres, quiso suplir esta falta, haciéndose nuestra ofrenda, para que se la ofreciésemos por los dones que nos había dado; y como ella misma es otro nuevo beneficio, no queda otro medio para agradecerla sino frecuentarla con la memoria dicha, procurando asistir cada día á este venerable sacrificio, y recibir espiritualmente muy á menudo este divino Sacramento, y sacramentalmente todas las veces que se pueda. ¿Cuándo y cómo nos acercamos á este divino Sacramento? ¿Cómo mostramos á Jesús nuestro agradecimiento? ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues os quedáis con nosotros, para que vuestra amorosa presencia despierte nuestra memoria, concededme que siempre me acuerde de Vos, como Vos os acordasteis de mí, para que siempre os alabe por los innumerables beneficios que de Vos recibo.

Punto 3.º *Jesús quiso que se celebrase también este misterio en memoria de sus virtudes.*— Considera cómo Jesucristo quiso también que se celebrase este misterio y sacrificio en memoria de las heroicas virtudes que ejercitó en su vida y muerte, de las cuales es un vivo dechado este Sacramento adorable; porque, como vino al mundo, no sólo para redimirnos, sino también para ser el modelo más acabado de todas ellas, así viene al Sacramento, no sólo para santificarnos, sino á renovar los mismos ejemplos, los cuales, por ser presentes y continuos, mueven mucho á su imitación. Y así puedes imaginar que desde allí te está diciendo: «Ejemplo te he dado para que hagas lo que yo hice contigo; y aprende de Mí, que soy manso y humilde de corazón». Estas virtudes son principalmente la caridad, uniéndose contigo con un modo tan maravilloso, que sólo Dios podía inven-

tar, y esto únicamente para hacerte bien, sin esperar de ti cosa alguna; la generosidad, entregándote todo cuanto tiene, cuerpo, alma, méritos, virtudes, sangre y divinidad, sin reservarse cosa alguna; la humildad, ocultando y encubriendo su grandeza y majestad bajo el velo de los accidentes de pan y vino, exponiéndose á que los herejes le nieguen, los impíos le blasfemen y los malos cristianos le profanen; la mansedumbre, sufriendo sin quejarse y con inalterable tranquilidad todas las ofensas que le hacen sus enemigos; y la perseverancia, continuando en el ejercicio de estas admirables virtudes, no por un año, ni un siglo, sino por todos los siglos, hasta el fin del mundo. La imitación de estas virtudes ha de ser uno de los principales frutos que debes sacar de la meditación del Santísimo Sacramento. ¡Oh Dios de las virtudes! Pues que en el Santísimo Sacramento quisiste dejarnos un memorial y compendio de todas ellas, concededme que de tal manera medite y reciba este misterio, que imite vuestros esclarecidos ejemplos. ¡Oh cristiano! Contempla con pasmo las distinguidas virtudes de Jesús. ¿Deseas imitarlas? ¿Cómo has de hacerlo?

Epílogo y coloquios. ¡Qué providencia tan amorosa y tierna ha tenido Dios del mundo! No sólo ha concedido á los sacerdotes que consagrasen y distribuyesen su precioso cuerpo para alimento á los fieles, sino ha querido que, al hacer esta obra, se verificase el incruento sacrificio de la ley nueva. Después de la abolición de los sacrificios figurativos de la vieja ley, hubiéramos quedado sin un medio eficaz y poderoso para glorificar á Dios, darle gracias por sus beneficios, obtener el perdón de los pecados, y los bienes espirituales y temporales de que necesitamos, si Jesús, en su bondadosa providencia, no hubiera dispuesto este sacrificio, infinitamente superior en dignidad y eficacia á todos los antiguos, dando á los sacerdotes el encargo de ofrecerle. ¿Qué pecados no se perdonarán por él? ¿Qué bienes no se alcanzarán? ¿Qué dones no se obtendrán? Mas este sacrificio incruento se ofrece en memoria y representación del sacrificio cruento y doloroso de la cruz, y para dar al Señor gracias por él; puesto que tan notable fué este beneficio, que nadie podía agradecerlo debidamente sino el mismo Señor que lo concedió, y esto hace Jesús. Él en persona se queda en el sacrificio de la Misa, y da gracias á su Padre por el beneficio de la redención y por los demás favores hechos á los hombres, y á éstos les da ejemplos sorprendentes de todas las virtudes, á fin de que, imitándole, se hagan dignos de que sus obsequios sean aceptados por Dios. En vista de lo cual, mira cómo asistes á este sacrificio, qué fruto sacas de él, qué virtudes copias de Jesús, cómo te has portado hasta ahora. Haz propósitos firmes y eficaces de asistir todos los días, en cuanto puedas, á la santa Misa, y de oírla con aquella atención, recogimiento y fervor que tan alto sacrificio

requiere; pide con humildad y confianza la gracia que para esto necesitas, y ruega por todas tus obligaciones.

28. — JESÚS SACRAMENTADO, NUESTRO DIOS.

PRELUDIO 1.º Jesús, que está en el Santísimo Sacramento, es nuestro Dios.

PRELUDIO 2.º Representate á innumerables ángeles, que, en torno del divino Sacramento, están cantando al Señor allí oculto el Santo, Santo, Santo....

PRELUDIO 3.º Pide sentimientos de profundo respeto y veneración para recibir dignamente la sagrada Comunión.

Punto 1.º Atributos de Dios escondido en el Santísimo Sacramento.— Considera cuánto pudieras alcanzar y entender las perfecciones de Dios oculto en el Sacramento. Él es el *Ser infinito*, que sin comparación ni proporción excede á todo ser, y en perfección á todas las criaturas, las cuales todas no pueden comprenderle. Su *eternidad* es sin principio ni fin, ni sucesión ni mudanza en su ser; siempre fué, es y será uno mismo y de una misma manera. Su *grandeza* es tal, que llena el cielo y la tierra, siendo aquél su trono y ésta el estrado de sus pies: en su comparación, todas las criaturas reunidas son como una gota de rocío y aun nada. Ante su *majestad* tiemblan las columnas del cielo, y se estremecen de pavor los cielos de los cielos, el abismo, el universo y todo cuanto en ellos hay: tiene por criados millones de ángeles, de los cuales uno solo vale más que todo el mundo. Tanta es su *fortaleza*, que con una mirada hace temblar la tierra, y con tres dedos sostiene el universo. Con su *sabiduría* conoce el número de las estrellas, y llama á cada una con su propio nombre; sabe perfectísimamente todo cuanto fué, es y será, como si ya hubiese sido. Con su *providencia*, sin embarazarse ni cansarse, conserva, provee, gobierna y sustenta todas las cosas, sin olvidarse de alimentar al menor de sus pajaritos y de vestir á cada uno de los lirios del campo. Por su *poder* hizo cuanto quiso en el cielo, en la tierra y en los abismos. Su *bienaventuranza* es propia, y no depende de ninguna cosa; todos los bienes criados no la pueden aumentar un solo grado, ni todos los males disminuirla. Su *hermosura* hace felices á cuantos la ven, y en ella desean mirar los ángeles. ¿Quién podrá decir algo de su *santidad y pureza*, que no le permite consentir en su casa la más ligera mancha? ¿Y de su *justicia* tan rigurosa, que no perdonó á su propio Hijo vestido con el traje de pecador? ¿De su *bondad*, que hace salir el sol para los buenos y malos? ¿De su *misericordia*, que le hace olvidar todos los pecados del hombre que se arrepiente? Admírate que un Señor de tan soberanas perfecciones quiera venir á ti. ¡Oh Señor amabilísimo! ¿Quién es el hombre para que os acordéis de él? ¿O el hijo del hombre para que le visitéis? Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden con-

teneros, ¿cuánto menos la casa estrecha, obscura y sucia de mi corazón? ¡Oh alma mía! Piensa bien quién es el Señor que viene á visitarte, y prepárale con humildes afectos tu corazón.

Punto 2.º Reverencia con que se debe recibir al Señor.— Considera en este punto la profunda reverencia con que debes llegarte al divino Sacramento del altar. Para lo cual servirá en gran manera que recuerdes lo que había dispuesto el mismo Dios acerca de la reverencia con que debía tratarse el arca santa, figura de este soberano Sacramento. Pondera cómo había mandado que nadie se atreviera á tocarla, ni siquiera á mirarla descubierta, ni aun los mismos levitas; y los que se atrevieron á quebrantar este precepto, fueron castigados ejemplarmente. Los mismos sacerdotes, para ejercitar su sagrado ministerio, debían estar completamente limpios y puros, no sólo de pecados, sino hasta de manchas inculpables y aun de defectos puramente naturales. Pues si tal respeto exigía Dios para llegarse á aquella arca, que no era más que una pálida figura del divino Sacramento, ¿qué reverencia, qué profundo respeto exigirá para llegarse, no sólo á tocar, sino á comer este divino manjar? Oye las ordenaciones que dió el Señor á Moisés, cuando se dignó mostrarse en el monte Sinai: «Ve á tu pueblo, y santifícalos hoy, que laven sus vestidos, y que se preparen para dentro de tres días. En este día Yo bajaré á la cumbre del monte; mas tú le rodearás de una fuerte valla, y dirás al pueblo: Nadie ose acercarse al monte ni tocarle; porque si tienen tal atrevimiento, perecerán». ¿Por qué tal reverencia? ¿Por qué tan extremado respeto? Porque ha de bajar Dios, á quien no puede ver el ojo del hombre. Este mismo Dios se digna bajar todos los días, y se esconde en el divino Sacramento, y no sólo no prohíbe que nos acerquemos, sino que lo permite, lo desea, lo suplica, lo manda. ¡Oh gran Dios! Infundid en mi corazón un saludable temor y vivo respeto de vuestra Majestad infinita. ¿Quién soy yo para acercarme á Vos? Si en vuestra presencia tiemblan los ángeles, ¿cómo no temblaré yo, miserable pecador? ¡Oh alma devota! Santifícate en verdad, borra con lágrimas de dolor todas tus culpas, para no encender con ellas la indignación del Señor.

Punto 3.º Pureza de alma con que se ha de comulgar.— Considera la pureza de alma con que debes acercarte á recibir la sagrada comunión. Mandaba Dios á su pueblo que guardase todo decoro y honestidad, y aun que no consintiesen tener en su compañía los leprosos y otros enfermos repugnantes, figura muy expresiva del pecador manchado y sucio con la culpa. Si esto exigía por la sola razón de que su arca santa, desde la cual daba sus oráculos y comunicaba sus órdenes, estaba en medio de él, ¿que deseará y querrá de ti y de todo el pueblo cristiano, en medio del cual habita en su propia persona, dejándose tocar y aun comer de aquellos que lo deseen? Pondera cómo Moisés no pudo acercar-